



Escenas y tras-escenas de las poéticas universitarias: La rectoría de Gerardo Molina 1944-1948*

Luz Teresa Gómez de Mantilla**

¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Zemí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

José Martí, Nuestra América, 1891.

Escenas y tras-escenas de la poética universitaria pueden leerse y verse hoy en una mirada retrospectiva a la rectoría de Gerardo Molina entre 1944 y 1948, escenas distantes que sin embargo ayudan a comprender la Universidad presente.

La *escena uno* muestra a un joven humanista, brillante y crítico, nombrado como rector de la Universidad Nacional, luego de su paso por el Senado, donde exhibió su carisma, dotado a la vez de fuerza y serenidad. Su propósito es hacer de la institución una universidad moderna

contemporánea verdaderamente pública y laica, que se articule al país y al mundo, y que acoja como *universitas* la alteridad de posturas múltiples con un talante democrático.

En la *tras-escena* hay revuelo por el despropósito de nombrar a alguien que profesa ideas socialistas (aunque no milita en partido alguno). Se pronuncia la Conferencia Episcopal, escandalizada por el despropósito, y Monseñor Perdomo “*esgrimiendo el deber sagrado del oficio sacerdotal*” increpa al ministro de Educación Antonio Rocha, quien plantea la *autonomía universitaria* como el argumento central para la designación. Se reúne entonces el Directorio Conservador en su oposición frenética al gobierno liberal de López Pumarejo, para expresar su inconformidad por lo que es a todas luces un acto contrario al sentido popular católico. Los sectores centristas del liberalismo exaltan las calidades de otro candidato, y estas posturas salen a la escena pública cuando se hacen visibles en *El Tiempo* y *El*

* Discurso con ocasión de la Entrega de la Orden Gerardo Molina Ceremonia de Entrega de Distinciones Académicas 2018.

** Vicerrectora de Investigación de la Universidad Nacional de Colombia.

Espectador, para sumarse a los inconformes, el primero, y avalar la decisión, el segundo. Algunas posturas incitan al estudiantado a una huelga general por el infausto nombramiento.

Este era el complejo clima que recibe como contexto al maestro Gerardo Molina al inicio de su gestión rectoral, expresión de las tensiones partidistas, ideológicas y guerreristas libradas desde el período de la Independencia, la “*Patria boba*” y el rosario de guerras civiles que marcaron el talante nacional, hasta el desangre supremo de la Guerra de los Mil Días y la trágica pérdida de Panamá. El único camino posible era el impulso de la modernización en el territorio y la modernidad en el pensamiento. A esto se dedica con ahínco el nuevo rector con un horizonte de sentido claro para la ruta que debe seguir la Universidad, que tiene que convertirse, según él lo expresa en su informe al ministro de Educación, en:

El centro asesor del gobierno, una vez que sea oída con respeto por la opinión pública cuando se pronuncie sobre las grandes cuestiones colectivas y una institución que esté representada como tal en las corporaciones legislativas y técnicas. Reuniendo en ella, como lo hace, a lo mejor de la inteligencia colombiana, en cuanto al presente y en cuanto al futuro en las generaciones en formación, es apenas natural que sea un centro consultado por todos y en el cual se vea lo que es forzoso ver, el núcleo coordinador y orientador de todas las actividades mentales del país.¹

¹ Jaramillo Jiménez, Jaime Eduardo (2007). *Universidad, política y cultura, la rectoría de Gerardo Molina en la Universidad Nacional de Colombia, 1944-1948*. Bogotá: Unilibros. P. 9.

Un sector de importantes intelectuales, formados varios de ellos en la Escuela Normal Superior, lo apoyan en su empeño; sus coterráneos Jaime Jaramillo Uribe y Darío Mesa Chica, pero además Eduardo Umaña, Ernesto Guhl, Orlando Fals Borda, María Cristina Salazar, Virginia Gutiérrez de Pineda, entre otros, quienes precisan en largas discusiones el sentido de la institución universitaria colombiana, que, nutriéndose de exitosas escuelas internacionales, se distanciará de replicar modelos, para escudriñar lo que podría llamarse una “*ontología universitaria propia*”, resultado de la autonomía y la libertad de cátedra.

Vista en la distancia, en la escena se vislumbra entonces un tipo de intelectual nuevo, *tramático* diría Gabriel Restrepo, que quiere distanciarse de la retórica decimonónica, y que nutrido por los libros, hace diagnósticos, diseña políticas y paralelamente construye teorías, porque también es posible construir conceptos en la periferia tropical.

Escena dos. Contando con un campus universitario diseñado en la *República Liberal*, es preciso diseñar el *Campo académico* en el sentido bourdieuano del término, no exento de contradicciones, pero que posibilite un camino de formación no solo en las disciplinas tradicionales, sino en la apertura a otras áreas de la ciencia natural y social, a disciplinas por entonces emergentes, para lo que se hace indispensable fortalecer las incipientes *comunidades académicas*, que sin abandonar su formación específica se abran a la interacción entre ellos y el país, según lo ha definido una política que más que de gobierno es de

Estado, como así lo señalaba López Pumarejo en su mensaje al Congreso de 1935:

La universidad en Colombia necesita coordinar todas las Facultades para poder organizarse de acuerdo con la insuficiencia del personal docente y los recursos fiscales. Es por esto por lo que el gobierno piensa unir la universidad en un solo foco, creando departamentos científicos que sirvan a todas las facultades, y en los cuales sea posible adelantar determinados estudios en la medida que aconseje el pensum de cada una de ellas, o hasta donde el estudiante quiera seguirlos profundizando (...) Por su parte los profesores podrán ser mejor remunerados y más preparados para dictar determinadas cátedras a las cuales asistan todos los alumnos (...) por necesidad o afición.²

A la tarea se dan los profesores, los estudiantes, los directores, el cuerpo administrativo. Para hacer realidad el diseño que con trazo firme y sereno lidera el lúcido rector, que autocríticándose comprende que no basta como antes lo defendiera en el Senado, del aumento de la educación pública primaria para alfabetizar al pueblo, sino que lo que ahora es ineluctable es la formación en el más alto nivel, para llevar a los hijos de las clases medias a la comprensión de que lo público no puede solazarse en la autocomplacencia argumental de la erudición, sino propiciar la transformación física y espiritual como fuera propuesto en el *Movimiento de Córdoba* surgido hace justamente cien años y a cuyas directrices se acogía el maestro Molina.

2 Jaramillo Jiménez. *Ibidem*. P. 12.

La tarea es inconmensurable, múltiple y a veces esquiva. La Universidad debe formar rigurosamente, debe investigar para encontrar en medio de la maraña de problemas hilos conductores que den jerarquía, que precisen causas, que definan tendencias, que transformen un país de diez millones de colombianos. ¡Una Universidad científica!

En este camino —dice el profesor Molina— encuentro muy necesario planificar las faenas de los profesores a fin de evitar las pérdidas de esfuerzos. Sería muy bien, por ejemplo que por un año o dos trabajara un grupo de ellos en el estudio del problema de la alimentación de los colombianos y el incremento de la producción. El instituto de altos estudios (...) podrá ser el medio que racionalizara sus tareas y que les diera un sentido de convivencia pública.³

En la *tras-escena* se vislumbra el atraso de las fuerzas productivas, las carreteras incipientes bosquejadas apenas al borde del precipicio, la inexistencia de un *mercado interior*, a pesar de los esfuerzos de los cables colgantes y de los ferrocarriles que empezaron a emerger en el siglo XIX, la población desnutrida, los pueblos sin servicios públicos, las nacientes ciudades sin escuelas suficientes y las élites enfrascadas en peleas intestinas, expresadas diariamente en la prensa leída solo por ellos...

Oteando también emerge el ámbito simbólico, seguido por la superstición y el sermón dominical, por formas de violencia partidista que desde los años de la llamada *República conservadora* cobraron víctimas en su mayoría en los sectores

3 Gerardo Molina y la Universidad Nacional de Colombia. 2001. Bogotá. P. 103.

populares.⁴ Y masas de jóvenes desempleados que migran a los centros regionales cargando su estirpe rural y su ignorancia.

Escena tres. No se amilana Gerardo Molina, esgrimiendo de nuevo el principio de la *autonomía*, diseña un camino hacia la *legitimidad*, al dar sentido a otra función universitaria vinculada a la formación y la investigación. Sabe que hay una estrategia acertada: la *integración* con la nación, como función universitaria que genere el conocimiento que el país requiere y esto no es algo exótico e imposible, pues está probado que puede hacerse, como queda registrado en el periódico *El Liberal* en su balance sobre la administración de Molina:

“La Universidad Nacional se empeña en no vivir al margen de las preocupaciones y problemas del país. Sus arquitectos acaban de exhibir en la Biblioteca Nacional un plan de modernización de Bogotá, que hace pleno honor a sus capacidades técnicas y a sus desvelos por darle a la profesión un claro tinte de beneficio colectivo. Sus médicos se preocupan más en sus recientes trabajos de tesis por estudiar las enfermedades tropicales, las endemias que afligen a nuestro pueblo, que las dolencias agotadas por la investigación de sabios y eruditos profesores europeos. También los ingenieros tienen en mientes las necesidades imperiosas de los transportes nacionales, de las obras de irrigación de vastos territorios, más que las especulaciones de los materiales del puente de Brooklyn. Y lo mismo podemos decir de los abogados, atentos a solucionar desde los bancos universitarios los problemas sociales y económicos”.⁵

4 Véase: Guzmán Campos, Germán, Fals Borda, Orlando y Umaña Luna, Eduardo (1962). *La violencia en Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.

5 Jaramillo, ibidem, pp. 15 y 16.

La vinculación estrecha con los diversos sectores sociales tiene el sentido de reciprocidad mínima, luego de que los estudiantes de la Universidad Nacional se han formado con los recursos de todos los colombianos. Así los currículos se diseñan más allá de las teorías en un *proyecto sociocultural* que involucra intertextualmente diversas disciplinas.

Las tareas universitarias son evaluadas entonces por el rector. Si los fines son la formación de profesionales de alta calidad, el fomento a la investigación, la ampliación de la cultura y la difusión de la misma, puede probarse la competencia de los egresados, en el contacto establecido con profesionales extranjeros. Recalca también en su informe: “*Nuestra universidad puede enfrentarse con éxito a cualquier crítica (...) Se ha ocupado el gobierno universitario de desarrollar la investigación, así como la política de la vinculación de docentes de tiempo completo*”. La fundación de la Facultad de Ciencias Naturales y del Instituto de Filosofía aparecen entonces como ideas rectoras, la propuesta para atraer al *Alma Mater* al Instituto Etnológico y al *Caro y Cuervo* sientan las bases para una Facultad de Ciencias Humanas y Económicas. También se ven fortalecidos en la escena los espacios académicos de Medellín, Manizales y Palmira, vislumbrando la importancia de una política de Sedes que fortalezca la presencia nacional de la Universidad.⁶

6 Gerardo Molina y la Universidad Nacional, ibidem, p. 14

En la *tras-escena*, una situación de entusiasmo se mueve entre el estudiantado, formado rigurosamente y preocupado por el país. Elaboran tesis cuidadosas sobre el paludismo, investigan sobre medicamentos, diseñan la *Campaña anti-tuberculosa*, prueban los materiales en los laboratorios. Los egresados se vinculan muy prontamente a ministerios e institutos; las calles del centro bogotano se llenan de caras jóvenes que discuten y leen. Se potencia entonces la industria editorial de la que la Universidad Nacional no se exime, con sus publicaciones, cursos radiales en colaboración con la Radiodifusora Nacional y en especial, con la edición de la *Revista Universidad Nacional*, en 1944, en la que se divulgan los resultados de sus investigaciones y reflexiones; así como la participación de estudiantes en intercambio con universidades latinoamericanas, en lo que Gerardo Molina llama “*turismo espiritual*”.

Escena cuatro. La Universidad disfruta un estimulante *clima cultural*, que modifica la vida ciudadana, rigurosa y ascética. Se crea el ballet, el orfeón y el teatro universitario. Los conciertos de la *Orquesta Sinfónica* invaden los relucientes auditorios y educan como público a los estudiantes provenientes de provincia y a los ciudadanos del común que encuentran en la Ciudad Universitaria otro tipo de *rituales de interacción*, que generan formas nuevas de representación y de pregunta, que a su vez se expresan en *prácticas* y *habitus* universitarios, fedatarios de otro *nomos*, que ha ampliado el espectro de las *prácticas universitarias* al superar la dicotomía entre lo culto y lo popular, lo sagrado y lo profano, cumpliendo la tarea que con Ranciere podría calificarse como un nuevo “*reparto de lo sensible*”.

Escenas del pasado, historia universitaria cumplida, documentos, reseñas, fotos en color sepia... Pero también en la *tras-escena* pueden decantarse en el conjunto de la gestión rectoral de Gerardo Molina cuatro poéticas estructurales de esa universidad moderna que él perseguía.

1. La poética de la autonomía, como concepción política pública y estatal.
2. La poética del conocimiento riguroso, como episteme que requiere un país inundado de opiniones.
3. La poética de la legitimidad por el traspaso con la nación y sus problemas acuciantes.
4. La poética de la sensibilidad que devela las tramas ocultas de lo humano y estimula pactos tácitos por lo común.

Han pasado más de siete décadas de este programa. La Universidad es distinta, el país es otro, y sin embargo hoy podemos insistir en su vigencia. Ahora que se clama por el presupuesto público universitario, ahora que se diseña la nación del post-acuerdo y se construye con tanta dificultad la paz, ahora que se requiere conocimiento propio, principios éticos y respeto por la alteridad, podemos entender, como en un *Atlas Mnemosyne* que recoge el pasado en el futuro, la agudeza de la visión estratégica de un universitario integral: Gerardo Molina Ramírez, quien comprendió la tarea política en el profundo sentido de la poiesis y la transformación de las prácticas.

De este legado somos responsables como universitarios y constituye para mí el mayor honor y

reconocimiento en casi cincuenta años de vida universitaria, ser portadora de él en la *Orden Gerardo Molina* que ahora ostento.

La recibo comprendiendo que la labor que en ella se reconoce, fue gestada en colectivo con otros profesores y profesoras de todas las facultades de la Sede Bogotá, con estudiantes de prácticas de diversas carreras y comunidades de ciudadanos que encontraron en el *Programa Interdisciplinario de Apoyo a la Comunidad*, PRIAC (1988-2008), un espacio para concebir la *Extensión* como función universitaria, que genera conocimiento, para diseñar *Programas universitarios* que integrando las funciones misionales contribuyan desde la Universidad a transformar los álgidos problemas nacionales, y que logró con sus documentos, debates y encuentros interuniversitarios incidir en las políticas universitarias nacionales, al entenderla como función

de *Integración-Interacción* en doble vía, pues no somos los académicos los únicos generadores de saberes.

Tal vez se reconozca también en este homenaje a una generación de profesores y profesoras que ha confiado y defendido lo público y que en nuestro ineluctable vínculo con el mundo, ha privilegiado la relación entre América Latina, este subcontinente de mixturas e hibridaciones, de mestizajes e interculturalidad, que fue exaltado por el maestro Molina también en su programa para la Universidad Nacional.

Lo reconocemos entonces, poéticamente, en la voz de Martí como *Padre sublime*, que regó la semilla de una nueva *Universidad Nacional, Política y Científica* que es menester cultivar como un importante *topos* de la *Espiritualidad* de la *Nación*.